

## ANTONIO, EN OTRA VIDA

–Tal vez en otra vida...

–¿En otra? ¿En ésta no, Antonio? ¿En ésta... no?

–No, en ésta es imposible, como bien sabes.

–Como bien sé...

Podía ser una manera de aplazar indefinidamente la relación entre los dos, al menos ésa era la interpretación que ella habría preferido. ¿Pero a qué otra vida se refería él? ¿A una vida en otra ciudad? ¿O en otro país? ¿A una vida paralela a la que vivían? ¿A una vida imaginaria, impalpable, platónica? ¿Existía acaso la posibilidad de entablar una unión de intimidad una vez muertos los dos? ¿Quién habría de esperar a quién y dónde? ¿Creía Antonio en el renacer, en una nueva encarnación tras la muerte? Por esa misma razón, era incluso posible que se hubieran amado en una vida anterior, y lo que ella sentía ahora no era más que un mero y difuso recuerdo.

–¿Es del todo imposible? –preguntó Mariana, como si no hubiera quedado todo claro en la dilatada plática que pronunció él nada más conocer los sentimientos de su interlocutora.

–Sí, como te digo, no tiene sentido empezar nada si no conduce a algo más.

–¿A algo más? –preguntó ella.

–Todo tiene un propósito, a una cosa le sigue otra.

–Yo no te propongo nada más que una... una familiaridad... sin ningún fin, sin que tenga que llegar a nada.

–Todo trae consecuencias. No hay ningún acto que sea independiente de los demás, – empezó a explicar él sin mirarla ni un momento, de modo que no pudo apreciar la rapidez con que se le dilataron a Mariana las pupilas– porque todo está vinculado de alguna manera, y las acciones, por insignificantes que parezcan, repercuten en todo lo demás, como bien sabes.

–Como bien sé... –repitió ella aquel estribillo en su cabeza, y dejó de escuchar la lista de juiciosas explicaciones que le daba Antonio.

Pero ella no quería legitimidad o sensatez, menos aún llevar una vida consecuente y juiciosa.

–... consecuencias... acciones... repercusiones... – Antonio seguía y seguía.

Mariana dejó de escucharle y se puso a mirar a su alrededor. Salvo una lámpara de mesa con una bombilla de 40 vatios cubierta por una pantalla de pergamino ilustrada con notas musicales y claves de sol, reinaban las sombras. Era muy de noche, y estaban los dos solos en el domicilio de él, acabadas las obligaciones y dormida la pequeña ciudad. Ella no podía dejar de dirigirle miradas furtivas cuando Antonio miraba en dirección opuesta o bajaba los ojos para apagar los cigarrillos que continuamente consumía. En cada ocasión robada, Mariana escudriñaba una parte distinta de su fisonomía: la nariz exagerada, los cabellos grises y revueltos, los labios pálidos y en constante movimiento que no dejaban de moverse aun cuando él no hablara: el bostezo, el chasquido, el tensar la boca hacia las orejas, el mordérselos, el describir círculos con la lengua alrededor de los dientes.

–Agua... –dijo ella, sin darse cuenta de que por sí sola aquella palabra evocaba paisajes lejanos y estériles.

¿Quieres un vaso de agua? –preguntó él, que siempre daba a todo un tono conciliador y práctico.

Mariana asintió con la cabeza

– Pues ahora te lo traigo. Y yo voy a hacerme un café, a ver si me espabilo.

Y el hombre con el que Mariana había soñado absolutamente todas las noches de los últimos treinta y tres meses –desde el momento mismo de verle– salió de inmediato por el largo pasillo, sin esperar a que ella dijera un *sí* o un *no* y dejando sobre el cenicero su cigarrillo a medio acabar, para traer algo que aplacarían transitoriamente la sed de Mariana.

–Antonio... –susurró, ya sola.

Se incorporó y quiso ver lo que colgaba de las paredes. Como el lugar estaba casi a oscuras, fue hasta el interruptor y lo apretó varias veces sin resultado. Se acercó hasta la lámpara central de cinco tulipanes de cristal opaco que pendía del techo y vio que el cable de wolframio de cada una de las bombillas estaba partido en dos. Pensó que en esa casa se desatendían las tareas domésticas, o puede que tales minucias no se consideraran significativas. Sí, “cambiar las bombillas o desatascar desagües o arreglar grifos... todo eso está de más”, puso ella en boca de él. No, jamás habría pensado que Antonio, tan esmerado en el lugar de trabajo, tan metódico en los artículos que firmaba, tan puntilloso cuando la conducta de los demás se desmedía, era de puertas adentro un indolente.

–Antonio...

El cigarrillo que Antonio había dejado en el cenicero finalmente se consumió sin apenas haber sido fumado.

Mariana decidió proseguir con su examen del lugar. El pasillo por donde Antonio había desaparecido era tan largo que al fondo sólo se veía oscuridad, tapizado a ambos lados por los libros que le enviaban para su crítica y comentarios y condenas. En las paredes de la sala había estanterías a rebosar de volúmenes, y entre una y otra colgaban cuantiosos cuadros en su mayoría de árboles y flores y paisajes de gran colorido, además de sombríos bodegones de aves con plumas y de conejos con piel, todos ellos degollados sin piedad. Sí, aquellos cuadros parecían del mismo artista: alguien neófito en el arte, pero lo que es peor: absorto en una visión pretérita y narcótica de las cosas.

Y tras los cuadros los libros. Mariana extrajo de los estantes varios de ellos –polvorientos y algunos boca abajo o del revés– y los abrió y leyó al azar el principio de un párrafo cualquiera, o las tres últimas líneas del final para comprobar si allí se descubría el desenlace (el desenlace, en su caso, se producía al principio de la relación, antes de empezarla, es decir, después de tanto sinsabor nada se había emprendido o puesto en marcha, concluyó; y ya en una vena más dramática pensó que lo que acababa de nacer había nacido muerto).

Luego vio en una mesa baja varios volúmenes y al levantarlos descubrió detrás lo que no quería ver: el retrato de *ella*. El rostro fotografiado era apenas visible en la penumbra, pero aún así podía admirarse a la renombrada pianista, la belleza comedida que se ajustaba a cánones válidos para todas las épocas. No, no era cuestión de competir con retazos de óleo. De malas ganas aceptó lo que le había deparado el destino, y se sentó en el sofá. No había lugar para ella, Mariana, en ese particular universo, y se sumió –porque era tarde y porque estaba tan cansada– en una legítima melancolía.

–¡Es toda una mujer! –dijo Antonio, al llegar de vuelta a la sala en ese momento.

Venía con un vaso de agua lleno hasta el borde en una mano y una taza de café humeante en la otra. Le dio el vaso a Mariana.

–Sí, muy... muy agradecida... y esa mirada... –dijo Mariana, sin saber con exactitud qué ocultaba la mirada de su rival; sorbió apenas el agua para evitar que cayera al suelo, tan lleno estaba el vaso.

–Su mirada... –repuso él, sin añadir ningún calificativo.

–Es curioso que ella y yo no hayamos coincidido nunca... que jamás nos hayamos visto en esta ciudad.

Él sacudió la cabeza como si lo que acababa de decir Mariana fuera lo más normal del mundo. Tomó asiento y se puso a sorber el café.

–Es que casi siempre está de gira...

Mariana sonrió, pero no fue por cumplir sino porque quería sonreírle a Antonio a pesar del desánimo que sentía. Aquella joven sonrisa estaba dirigida a él. Antonio se mordió primero el labio inferior con los incisivos superiores, y luego el superior con los inferiores.

—Ahora que has visto cómo es ella, comprenderás... comprenderás que es imposible que iniciemos... —dijo él, cerrando los ojos y estirando los labios—... que iniciemos una relación, y menos aún... menos aún que yo le sea infiel.

—¿Infel...? —preguntó Mariana con sorpresa.

—Sí, la fidelidad es una cualidad y no una circunstancia. Ser infiel es algo que acaba con todo lo que somos. Ser fiel, por otro lado, es una ruta que conduce a...

La voz de Antonio sonaba como un murmullo de fondo, pero Mariana dejó de prestar atención a los muchos y calculados argumentos. También en la vida privada, porque en la pública se le conocía a Antonio por eso precisamente, le gustaba clasificar todo. Sí, se le daba bien dividir, aislar y fragmentar. Y peor, le gustaba despedazar lo que estaba entero, demoler a los que no reunían las condiciones necesarias o a los que discrepaban. En otras palabras, él no hacía más que escindir la vida en dos a cada paso: los buenos y los malos, los fieles y los infieles, los audaces y los tímidos, la gana y desgana, la acción y el pensamiento, el amor y la indiferencia...

—¡Jamás le he sido infiel!

... la excelencia o su falta en el arte, soñar y vivir, lo permitido y lo prohibido.

—¡Ser infiel en mi caso es una improbabilidad! —añadió.

Antonio sujetaba con fuerza la taza de café como para darse calor.

—Pero, yo...

—¿Sí...?

—¿Quieres... quieres una declaración en regla? —le preguntó ella, colocando el vaso de agua sobre la mesa.

Antonio se bebió todo el café que quedaba en la taza, la dejó en la mesa y se puso de pie. Esta vez se mordió con violencia los labios como si quisiera abrirse una herida.

—No, no deseo que ninguna mujer me declare cosas de ese estilo en mi propio hogar si... si no es la mía. Como bien sabes es... es una pianista extraordinaria...

Y se detuvo un instante. Y como si aquel dato no fuera suficiente para convencer a Mariana, agregó algo más.

—Y además pinta... —dijo, señalando con los ojos aquellos inconsecuentes cuadros de naturalezas vivas y muertas.

Mariana cerró los puños sobre el borde de la falda, y empezó a decirle algo:

–Éste deseo que tengo es...

–¡No sigas, no sigas! –dijo él, levantando la voz, sacudiendo la cabeza, agitando los ojos, mordisqueándose labios y lengua– ¡No vale de nada! ¡Jamás... jamás podrías competir con alguien como ella!

Pero Mariana siguió como si nada.

–Todo este tiempo pensé que... que sentías lo mismo que yo. Todos tus gestos y palabras parecían indicarlo. Muchas veces me has mirado con tal intensidad que me quedaba sin respiración, y me has dicho cosas que sólo podían interpretarse de una manera. Por eso, este deseo que tengo es... es como una enajenación, ¿comprendes?

Y como Mariana no sabía que más decir, se cubrió el rostro con los puños cerrados. Antonio no hacía más que negar con la cabeza, una y otra vez, y se quedó muy quieto como si alguien le hubiera llamado la atención: los ojos miraron al frente, los labios regresaron a su posición de reposo.

–No es que quiera despreocuparme –dijo muy despacio como si estuviera calculando sus palabras– porque... porque te aprecio y somos amigos desde hace tiempo, pero... pero me parece mejor que resuelvas este problema tú sola, porque... porque no quiero... no quiero mancharme las manos.

Ella no respondió, sino que apretó aún más los puños cerrados.

Antonio siguió hablando.

–Quiero que las cosas sigan como están. Que... que cuando ella regrese de su gira todo continúe como siempre y que...

Mariana le interrumpió.

–¡Pero el amor...!

Él dio un paso hacia atrás y la miró de frente.

–¿Cómo dices?

–El amor... –repitió Mariana.

Antonio tosió varias veces.

–Con ella no hay confusión, todo es preciso y justo y saludable y... –señaló, pasando revista a las muchas ventajas de su matrimonio, pero sin hacer referencia a lo que había mencionado Mariana.

Antonio siguió hablando, así que Mariana nuevamente dejó de escuchar. Sólo pensaba en esa única palabra que acababa de decir. Antonio se calló por fin, hundió una vez más los labios y luego los estiró como en una sonrisa.

–El amor, el desamor, el amor, el desamor...

Apenas se la oía a Mariana deshojar una margarita imaginaria; seguía allí sentada, sin levantar la vista, los puños bien prietos.

Antonio se acercó al ventanal después de encender otro cigarrillo; exhaló con fuerza el humo, que al dar contra el cristal regresó a su boca; la luna llena iluminaba con aspereza los tejados y sonaron las tres. Luego fue hasta donde estaba Mariana y la observó muy de cerca: el rostro sonrojado, los puños aún cerrados, el cuerpo hundido sobre sí en una postura defensiva, aquella docilidad y lo sencillo de sus maneras y de su forma de vestir. También trabajaba en el periódico como él, pero lo suyo no eran críticas audaces. Mariana era cronista: escribía sobre lo que veía y escuchaba, reproducía fielmente la realidad sobre el papel.

–El amor... –ella susurraba, no parecía haber más pensamiento que ése en su mente.

Antonio se sentó a su lado y, para sorpresa de ella, se puso a consolarla. Pero no con los brazos y los labios como ella habría deseado, sino con la voz, con una sola palabra que él repetía una y otra vez sin cambiar la inflexión.

–Perdóname, perdóname, perdóname... –decía él.

Ella salió de su trance al oír aquella monotonía.

–... perdóname, perdóname...

Y repitiendo esa palabra, a Antonio se le borró de pronto la mirada de desapego, y bajó la guardia. Mariana se asomó por un instante a lo que parecía un mar sin límites.

–¡Basta! –dijo, cerrando los ojos porque se le hacía intolerable seguir viendo lo que era el naufragio de un hombre atormentado.

Y ahí fue cuando decidió que tenía que marcharse cuanto antes, y se puso la chaqueta que había dejado en el sofá. Al ver que Mariana ya se iba, Antonio se levantó y fue a colocar en orden los libros que ella había sacado de los estantes.

–Este libro va aquí, y este otro libro va acá –repuso él, en voz muy baja.

En ese entorno, se dijo Mariana, sólo había lugar para palabras, teorías, arquetipos, paradigmas, símbolos, fantasmas... debajo del sofá, detrás de los biombos, bajo la mesa, encima de las sillas, apilados junto a las paredes, bloqueando las rutas de salida, impidiendo la entrada, absorbiendo aire, exhalando polvo. Conociéndole como ahora le conocía, podía afirmar que Antonio se había leído todos los tomos que había allí, y seguramente varias veces.

–... perdóname...

Mariana se puso de pie y se dirigió hasta la puerta de la calle. Allí se detuvo unos instantes, colocando ambas manos en el pomo circular de bronce. Lo acarició levemente y

el metal dejó de estar tan frío. No, ella no volvería jamás a tocar ni a ver nada de aquella casa, de eso estaba segura. Al abrir la puerta, le dirigió a Antonio una última mirada, consciente de que al día siguiente se verían en la redacción del periódico y de que el episodio quedaría relegado al olvido para siempre. A partir de entonces solamente hablarían de los temas del momento: la feria agrícola, el festival regional de cine imaginario, las restricciones del horario laboral y la escasez de casi todo.

–¡Estás perdonado! –le dijo Mariana, mientras él terminaba de colocar los libros en su sitio.

Pero al cerrar la puerta y bajar por las escaleras hasta el portal, Mariana ya no pudo ver a Antonio sentarse en el sofá y levantarse y sentarse y levantarse, ni tampoco pudo verlo recorrer a toda prisa el angosto espacio que había entre muebles y cuadros, entre libros y más libros, entre ideas y espectros y figuraciones, ni tampoco lo vio camino del cuarto de baño donde abrió un armario y sacó un frasco brillante, y menos aún pudo verlo regresar al salón, triste y perplejo, sin apenas luz que iluminara su último acto, porque Antonio era un hombre que no sabía tomar decisiones y por eso era que se mordía tanto los labios.

---

© Isabel del Río 2018

**Relato de “Una muerte incidental” de Isabel del Río, publicado por Friends of Alice Publishing**